GUILLERMO GÚDEL

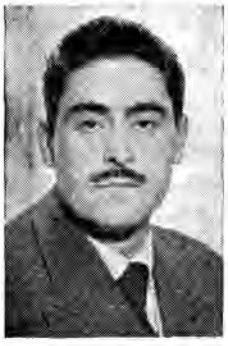
EGLOGA NUEVA
DE LA
TIERRA PROPIA

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

1970

GUILLERMO GÚDEL



Despertado tempranamente a la poesía y adentrándose vocacionalmente en ella, ya en su adolescencia da a conocer sus primeras composiciones en periódicos y revistas nacionales.

Intermitentemente, hasta la fecha, ha venido publicando poemas sueltos o interviniendo en sesiones de poesía monográficas o de grupo.

Ha obtenido numerosos premios en certámenes patrios y se ha proclamado finalista en convocatorias tan prestigiosas como son las del *Boscán, Adonais, Ciudad de Barcelona* y *Guipúzcoa*. Algunos de sus trabajos poéticos han sido vertidos al francés.

En ciclos divulgativos llevados a cabo en centros culturales de Zaragoza ha proyectado varias panorámicas de los autores más descollantes de la poesía patria e hispanoamericana, así como recitales de su propia obra.

Fragmentado en fascículos y en edición limitada de sesenta ejemplares —octubre del año 1959—, publica su primer libro —*Contra el aire*—, que merece elogiosas menciones de la crítica y de los intelectuales más ecuánimes de Zaragoza, así

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0694

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

EGLOGA NUEVA DE LA TIERRA PROPIA

Colección «San Jorge»

2

Premio

«San Jorge»

1970

GUILLERMO GÚDEL

EGLOGA NUEVA
DE LA
TIERRA PROPIA

Institución «Fernando el Católico»
Zaragoza
1970

Publicación núm. 499
de la
Institución "Fernando el Católico"

Depósito legal: Z - 261-1970

IMPRESO EN ESPAÑA

✱

Talleres Editoriales de la Excelentísima Diputación Provincial de Zaragoza

ELOQUIO PRELIMINAR

Trata *el autor en estos poemas, sencillamente, de un retorno, de una reinmersión de su sentimiento en el ámbito de su cercanía, en la tierra que alcanza con más acendramiento: la suya. No extrañe a nadie, pues, que en el fondo o tema de las composiciones que conforman este cuaderno coincida totalmente con esa plétora de escritores que han manifestado su insoslayable amor al pedazo de tierra en que vieron la primera luz o a aquel otro que consideran como propio por haber transcurrido o acaecido en él los sucesos más profundos o más recordables de su edad. Aquí, por tanto, el poeta expresa —el lector verá si con acierto— la devoción que le mueven el relieve, el paisaje, las causas y los hechos de los seres que ama como suyos.*

La forma constructiva de los poemas adjuntos —con una inclusión de verso blanco— está concebida y desarrollada inveterada, clásicamente, en las cinco partes del contexto, acaso porque el autor prefiera llegar de esta manera a mayor cantidad de posibles lectores, parte de los cuales no han podido prescindir de la sugestión musical de la rima, quizá porque no han logrado captar todavía la interna armonización de que se nutre el verso libre, no menos generalizado éste en la actualidad.

Que el poeta se valga de técnicas anteriores para expresarse no quiere decir que se haga eco de un tradicionalismo evocador de antiguas usanzas o marchamos étnicos, puesto que por parecerle ajeno a su tiempo —a los presentes modos, ambientes

y tráfagos en que se mueve— no ha estimado procedente adentrarse en aquéllos por no incurrir en una comunicación iterativa, excesivamente mostrada como típica y tenida por tópica. Por otro lado, considera que el molde de elocución de que pueda servirse un escritor es totalmente secundario. Entiende —no sin razón— que tanta calidad e intensidad pueden hallarse en los versos de los autores que se han ceñido a la retórica como en los que escribieron los versículos de los libros sagrados, que nada o muy poco tienen de ortodoxia métrica.

Atendiendo a lo dicho en el comienzo de estas líneas —puesto que sabía lo que pretendía—, el poeta ha procurado proyectarse o verterse en una actitud que tiene para sí como fundamental: regresar conscientemente a lo suyo, a sus espacios, a sus inmediaciones, ya que el arte —alguien lo ha dicho— no puede ser universal sin ser antes personal o local. Toda civilización suele alcanzar la cúspide de sus aspiraciones cuando comprende que la razón de su imagen artística está en ella misma, ya que sólo así los límites permiten que el pensamiento fluya con libertad y autenticidad. Porque, ¿es que los temas proverbiales no sirven para manifestar las distintas concepciones del alma universal?

Al poeta —lo confiesa sinceramente— le resulta muy agradable ir descubriendo o reencontrando su propia comarca, llenarse de ella, de todo lo que es, tiene, realiza o persigue. Y esto no solamente en función crítica, de asimilación o de asombro, sino también en disposición creadora: aportando a ella cuanto es o cuanto pueda valer en su humana dimensión. Mucho le apena que circunstancias contrarias a sus deseos le hayan negado el amoroso placer de recorrerla a su modo, conocerla mejor y sentirla más directa o dilatadamente.

Como se verá, tampoco pretende reproducir fotográficamente el entorno visible, acusando así la falta de perspectivas sentimentales. Hacerlo así hubiera supuesto recurrir a un impulso maquinal, a un acto inconsciente en que predominara más la intuición que el inteligente conocimiento. Arguye el

poeta que cualquier buceador primitivo en materia que le sea grata, crea sin comparar, tomando tan sólo los elementos que le rodean —es posible que hasta compenetrándose con ellos—, pero sin ánimo discernidor, sin exigencia valorativa, sin saber todavía cuál es el término que se le presenta como más básico o cabal para aquello que realiza, aunque en el fondo se halle persuadido de que ha logrado una obra genial.

El poeta, que se ha formado paulatinamente —a su manera, sin valerse de brújulas orientadoras—, puede decir lo que cuesta estar solamente en una línea de estimables resultados literarios y lo penoso que es alcanzar esa mediana prominencia que apenas rebasaron unos pocos. Entiende —así lo hace constar— que el arte necesita de una continua veracidad; que pueblo y arte se conllevan naturalmente, y sabe —esto es lo triste— que el del momento es un arte sin pueblo. El arte necesita tanto del pueblo como el pueblo del arte. El pueblo es dueño de la realidad; el artista, de la invención. De ahí que estime lo deseable que es llegar a una fusión equilibrada de realidad e invención —inseparables en toda empresa de hombres—, puesto que una no puede subsistir sin la otra.

En este libro está, pues, Aragón; el Aragón de las rigurosidades, el del río, de la vid o de la montaña, al que el poeta se dirige desde su individualidad social para verterlo en cinco panorámicas subjetivas.

Tras el poema inicial, en el que se apoya el resto de las composiciones, el poeta se sitúa en los aledaños, mira el paisaje y siente cuanto es o pueda ser la configuración comarcal. Advierte cómo la tesonería —nunca la obstinación— funda el orgullo de la dignidad, la visión de la certidumbre, el denuedo del trabajo —perseverancia de la energía— para recoger el fruto de la entrega: esa espiga de amor que se desgrana o ese vaso de luz que se ha vertido.

Y como todo pecho que respira con dolor, aquí muestra la esperanza, el sueño, el anhelo futuro: esa ilusión que señala la andadura. Y aquí expande también el hálito del Ebro. Y la sed, la ardentía, la sequedad de la corteza del suelo. Y el vino,

esa húmeda llamarada de alegría. Y el Moncayo, cuya cima tocada de nieve y su asombrosa vegetación son también aliento, fuerza, solidez pugnando en el horizonte, donde los manantiales discurren por los declives o vagan los aromas de lo verde por la atmósfera.

Esto es EGLOGA NUEVA DE LA TIERRA PROPIA. *Naturalmente, el libro queda incompleto. En él no está todo Aragón. El poeta hubiera tenido que escribir largamente para abarcar todas y cada una de las significaciones de su tierra amada. ¡Qué más hubiera querido él que lograr tanto en un reducido número de poemas!*

Réstale al poeta cerrar este pasaje con un debido párrafo de gratitud. Sea ésta para la Institución "Fernando el Católico" —incansable en su desmedida acción cultural—, sí que también para los miembros del Jurado que ha dirimido la convocatoria del II Premio "San Jorge", de poesía. A aquélla, por lanzar al ágora estas composiciones con sus característicos esmero, seriedad y elegancia tipográficos; a éstos, por otorgar al autor el honor y la satisfacción de su veredicto, y a ambos todos, por facilitar un espacio a la actual poesía de esta región, tan necesitada hasta ayer de conocimiento, estímulo y propagación

Este campo se abrasa
de sol y viento,
mientras el agua pasa
por su ardimiento.

¡Oh, tierra mía!
¿Acabará el tormento
de tu sequía?

I

LA TIERRA PROPIA

DAROCA. — Soportales.

CABAÑAS DE EBRO. — Pila bautismal del santuario.

Ante Aragón

YO vivo entre las letras derramadas,
entre los pensamientos que dibujan
los relieves del plomo, entre manadas
de textos que me esperan o me empujan.

Mi casa está en la imprenta. En ella dejo
días de niebla y sol, hermosos días
con olor de verano, con reflejo
de grises y otoñales lejanías.

Amo al destino del trabajo. Quiero
a la página impresa que rescata
la luz del corazón, a la que es fuero
de la voz más sincera, más sensata.

Porque entiendo a la fuerza rumorosa
de cuanto tiene esencia o contextura,
creo que el hombre es grande cuando glosa
el escaso valor de su aventura.

Yo deseo que el tiempo que me atañe
sea serenidad inteligente,
raíz aventurada que se bañe
en el azud del alma solamente.

Ahora digo Aragón o trayectoria
de vida continuada ante lo adverso.
Ante Aragón no tengo escapatoria.
En su libro de tierra estoy inmerso.

Sé que en este lugar

EN este val, porfía a todo vuelo,
porfía por hallar lúcida suerte.

Yo que recorro el plano de su suelo
por el lado sencillo, por el fuerte,
a través de sus pájaros, montañas,
ríos, casas, aperos y menajes,
sé que en este lugar de las Españas
dicen tesón los seres, los parajes.

En otras latitudes, la existencia
tiene fáciles campos de provecho.
No se añade el sudor a la inclemencia.
Se alcanza el pan apenas sin repecho.

Una mano extendida es suficiente
para asir al arroz, a la manzana,
al maíz o al repollo. Simplemente,
un germen descuidado grana y grana.

En esta dimensión, los cereales
conocen el ardor de la amapola,
saben de adversidad, de temporales
en que apenas lo verde se acrisola.

Aquí no está el erial con sus marañas
porque hay altos esfuerzos, extensiones

con hombres, con caballos, con guadañas;
vigilias que se dan sin condiciones.

En otros sitios traza la ventura
un círculo de umbrías y de fuentes,
donde el fruto se da sin amargura,
sin afanes airados, impacientes.

Allá se multiplican los tesoros
del agua, del color, de la fragancia,
ornándose los lares con los oros
del radiante caudal de la abundancia.

Aquí hay tierras de sangre, tierras duras,
tierras que se consumen esperando
las lluvias del azar, las coyunturas
de un cielo acuoso, favorable, blando.

Aquí el hombre dialoga gravemente
con su propio vigor día tras día,
hasta hacerse sufrido, resistente,
hondo de amor y extenso de energía.

El se atiene a sus solos cautiverios.
No vive de promesas ni de acasos.
No se deja llevar de otros criterios.
Sabe quién es, a dónde van sus pasos.

En otros puntos, flores, flores, flores,
húmeda y colorida anunciación.
Aquí nunca concluyen los rigores.
En Aragón, tesón, tesón, tesón.

Ronda de pasión o vida

Es como empuñadura de herramienta
delante del olivo y de la uva.
No sabe del laurel ni de la menta,
pero sí del granero y de la cuba.

Ha venido a decir: "Que entre aquí el mundo.
Que pregunte quién soy. Qué es lo que hago.
Mi estilo es varonil. Nunca me hundo
porque sé de qué vivo, con qué pago".

Después de tantos años de saberlo,
no es extraño que obligue a mis sentidos
a salir a su alma, a bienquererlo,
a dejar mi poema en sus oídos.

El buscador de sitios adornados
es fácil que deteste su morada,
la sencillez de todos sus tratados,
el polvo y el sudor de su jornada.

Pero es así su casa, así su gente,
así su realidad y su quimera.
En su pared antigua está latente
el rito de la abeja y de la cera.

De él arranca la sabia monarquía
ordenando el impulso de los sueños

sin toque de timbal, sin vocería,
sin lastimar el pie de los pequeños.

Ha dispuesto las cosas de tal modo
que el hombre se confunda con la brega,
para que bajo el tiempo sea todo
vaticinio de abril, julio de entrega.

Quiere que sobre el firme de la vida
se levante la hueste labradora
haciendo del vivir una medida
de serena eficacia bienhechora.

El trabaja cortando frescos pinos,
desenvolviendo mies sobre las eras,
trasegando las madres de los vinos
o haciendo pastoreo en las riberas.

No lo entienden ungido, coronado
por su enjuto valor, su humilde orgullo.
No lo entienden constante, trabajado,
añadido al hogar como a un arrullo.

Camina a laborar sencillamente,
con todos los demás y para todos,
repartiendo su pan alegremente
tras negarse descuidos o acomodos.

Y he aquí que su ronda cotidiana
colma de claridad su cometido.
Es la espiga de amor que se desgrana.
Es el vaso de luz que se ha vertido.

El agua, junto a la sed

Lo veo con dolor.
Lo veo siempre con su modo rural,
con la ardentía de su campo sediento,
con la pena del que espera la lluvia para poco.

El no ha encontrado el pulso a los veneros,
a las fuentes que están junto al secano.

El agua se le va.
No se detiene en la remota sed de su garganta,
en su pecho cedido a las renuncias.

A orillas de los ríos yo lo he visto seco y amargo,
como suplicando justa compensación a su denuedo.

Ha escrito así su angustia.
Bien se puede recordar cómo el tiempo le ha negado
el líquido fecundo,
cómo alienta sobre su sequedad,
cómo persiste con cada amanecer su quemazón.

Mucho antes que sus torres veladoras
estaban sus torrentes,
esas hachas que rompen los castillos de la roca
y que suele mirar con ironía.

¡Ay,
qué rumor,

qué arpegio apesadumbra
la sien y los oídos de sus gentes
ante la desnudez del horizonte!

Viendo pasar sus ríos de energía
es clarín y timbal,
y santo y seña;
pero la soledad no mueve auxilios.

Aragonea solo,
aunque se escuchen los ruidos de sus pasos,
aunque se yergan sus símbolos de espera tenacísima.

Puede más la isostasia que el deseo.

Sin humidificarlo,
las corrientes se van de los recodos de su alma.
No defienden su arrojo cotidiano.

¡Ay,
si el agua le amara,
si quisiera cederle su canción,
su fértil onda,
su lúcida humedad!

¡Ay,
si llegara a aliviar su fatiga
hasta entregarle el destello pluvial del arco iris!

Una ilusión señala la andadura

CON ancho corazón y largos ojos
yo contemplo a este suelo en su aspereza,
reteniendo sus frutos, sus rastrojos,
el ceño de su gente y su firmeza.

Yo huello su solar y me adelanto
con su diferenciada geografía.
Con su nombre me acuesto y me levanto.
Con él se dan mi pena y mi alegría.

Por su zona de bosques y de nieves
corre mi corazón con el lamento
de sus ramas batidas por aleves
latigazos de lluvia, frío y viento.

Bello, desnudo, grave combatiente,
su frente esperanzada da el anhelo
de aquel río que escapa, de aquel puente
que junta las orillas del desvelo.

¡Qué aguerrido el perfil de su cabeza
coronado de afanes por la vida!
¡Cuánto sabe de polvo y de maleza!
¡Cómo soslaya al hierro de la herida!

Las rayas que a su cuerpo han dividido
en seis brazos abiertos de esperanza

MUEL. — Cascada en el rio Huerva.

CADRETE. — Castillo.

tienen común la sangre y el latido,
idéntico el placer y la templanza.

No entiende separada a la hermosura
de su triple denuedo. En cada hora
baja del roquedal a la llanura
persiguiendo al rocío de la aurora.

Desde el valle del Cinca hasta el del Turia
ve cómo pasan ríos y más ríos
sobrados de rumor, mansos de furia,
sin apagar la sed de sus baldíos.

Son años y más años en espera
de que todo el volumen de la roca
se haga verde esplendor de sementera;
no cardo borriquero, hierba loca.

En el pacto del cielo y de la tierra
apenas entra él con sus maizales,
sus uvas o aceitunas, pero yerra
para poner verdor en los canchales.

Tras sus pies maltratados por el peso
de jornadas de afán e incertidumbre
da su sonido claro, su aire preso
por un canto de paz junto a la lumbre.

Su vida material sigue subiendo
por tramos de zigzag y escarpadura.
Yo lo veo ascender. Yo lo comprendo.
Una ilusión señala su andadura.

El tiempo del tambor

Su hilera de viñedos y trigales
—modo de pedestal, hito sagrado—
se asienta en los altivos peñascales,
nace de la arrogancia del pasado.

Yo sé que antaño fue cuando su historia
se abrió como la rosa de los vientos,
dejando aquí y allá clara memoria
de su palpitación, de sus alientos.

Un Aragón oscuro y campesino,
un Aragón de fragua y de tenaza
sirvió de catapulta, abrió camino
a todos los impulsos de la raza.

Entonces fue su guerra, sus guerreros,
sus piafantes caballos. Allá enfrente
estaban la codicia, los aceros
o la boca de fuego más rugiente.

Fue el tiempo de su lanza enloquecida,
el tiempo del tambor sobre su hacienda,
el tiempo de vivir sin más salida
que esperar a la muerte en la contienda.

En el último pico de los montes,
conteniendo a las iras del zarpazo,

captó de los abruptos horizontes
la fuerza de su mente y de su brazo.

En nombre de su huerto y de su azada
preparó su estrategia, su coraje,
el rayo de cristal de su mirada,
el ímpetu más santo o más salvaje.

Como si se enojaran sus alturas
temblaron los sarmientos del espino.
¡Qué bravo centelleo de armaduras!
¡Qué hora de combatir en descamino!

Sobre arriscado pabellón sostuvo
su bronco movimiento de batalla.
Fue león y león. Rugió y anduvo
ensanchando su nombre y su muralla.

La sangre le manaba a borbotones,
pero su cuerpo herido se aferró
sobre sus arraigadas convicciones
hasta abatir las iras que encontró.

Así el pueblo sencillo recompuso
su pecho de metal, su valentía,
su página de ley, y hasta el intruso
admiró con asombro su osadía.

Y a este Aragón de espalda endurecida,
gracias le dio la tierra rescatada,
gracias le dio la mies reverdecida,
gracias le dio la paz de su morada.

Yo voy con sus banderas

EN la rueda estrellada de sus días
—¡oh, corona de sol frente al espacio!—
yo me sumo a sus tierras labrantías,
a sus recolecciones de topacio.

Se adueña de mi canto conmovido
la lenta vibración de sus raíces,
su galope de viento, lo bruñido
de sus nunca mostradas cicatrices.

Oigo caer en mi alma sus graneros
para que se alimenten sus futuros
de una especie de nombres duraderos,
de unos pasos callados y seguros.

El me concederá su resistencia,
su tronco y su ramaje contra el miedo,
contra la sinrazón, la turbulencia,
la injusticia, la rabia o el enredo.

Sus armas dejará junto a mis manos,
junto a los que lo aman, junto al hombro
de aquellos que construyen sus pantanos
para verlo sin sed o sin escombro.

Yo voy con sus banderas al llamado
de un tiempo de alegría o de confianza.
A él le debo quien soy, él me ha formado
y en él pongo mi credo y mi esperanza.

II

A ORILLAS DEL RIO EBRO

Amistad con el río

RIO Ebro! Eres siempre el báculo de plata
que impone a la ciudad contentos ancestrales.

Siguiendo tus orillas, alejado del ronco
zumbido callejero, del ciudadano enjambre,
yo contemplo el caudal fugitivo en que copias
el área verdecida que brota de tus márgenes.

Junto a tu cuenca larga adivino el tesoro
de las blancas raíces, de las pulpas sangrantes.

Veo al árbol, celoso de su renacimiento,
apretando a las flores con todo su ramaje
o encubriendo a los frutos con un desvelo vivo
para que luego sean dulzura irremediable.

Aquí, río, transcurres, entre el azul y el ocre,
oscurecido a veces, a veces deslumbrante,
besando a la ciudad, ciñéndola con una
guirnalda humedecida de savias vegetales,
mientras ella se ensancha confusa y sorprendida
en medio de la extensa llanura donde yace.

¡Río bueno, que ha poco saliste de la roca,
de los lejanos montes, y ahora exaltas al valle
pisado fuertemente por el afán humano;
río que has sido otrora crecida desbordante,

para después volverte rocío milagroso
sobre el mar de los tallos! Yo escucho tu mensaje,
yo te veo captando las prisas de la urbe,
recorriendo esta tierra con anhelos joviales
y jamás apartado de la vida que creas.

Sí, río, ahí está el pueblo, lo mismo que las aves,
haciéndose motivo de búsqueda y de logro,
dispuesto a requerirte para un bello combate.

Escuchándote quedo, corriente libertada,
que entregas al poblado los sencillos manjares
del silo y del lagar, en tanto un sol desnudo
templa las arboledas, los campos y los aires.

¡Maravillosa arteria, canal de sangre núbil,
tibio cuerpo fugado de la silvestre cárcel,
que, dulcemente largo, desde tu lecho envías
adioses jubilosos! Oyendo estoy el suave
susurro de tus aguas, que suenan en el tiempo
como un órgano pío, como un arpa gigante.

Sí, río, alegra al hombre hasta rendirte al mar.
El tome de tu fuerza tus vívidos cristales,
tu combativa espada, que humanamente brilla
como señal gemela de todos sus azares.

MONASTERIO DE PIEDRA. — Cascada *Trinidad*.

MONASTERIO DE PIEDRA. — Gruta del *Iris*.

Padre de las espigas

EN el límite intacto de lo eterno
intuyo, río Ebro, tu eficacia.

Yo sé que tu latido vigilante
protege al pan que brota con las ansias
del hombre de los campos. Sé que extiendes
tu fluido como arenga junto al alba,
dirigiendo los coros vegetales
de la vida. Sé que templas la entraña
donde hundió el campesino su futuro:
el seminal retoño de una planta.

Yo sé que las primeras golondrinas
cruzan tu corredor como embriagadas,
después de ver ondeante y luminosa
la superficie azul en que te basas.

Sé que eres bondadoso como el día,
permitiendo que canten en tus aguas
esas orillas que hacen de la noche
un velado susurro de enramadas.

¿Quién dijo que corrías solo y triste,
que también los desastres te rondaban?

Sé que sabes callar oyendo al viento
lecciones de alegría o de nostalgia

y que ignoras la muerte porque sabes
que es vida tu constante galopada.

Siempre serás el padre de la espiga,
vigilando, celoso, tu comarca,
porque tu impulso propio sigue limpio
lo mismo que la nieve en la montaña.

Yerra quien te supone naufragando
en una dimensión desamparada.

Como el hombre que lucha

YO sé que necesitas una anchura
donde el invierno no te ponga trabas.

No quieres confundirte con el cuerpo
que no sabe salir a nivel de alma.

Siempre has querido fecundar más amplios
y florecientes territorios. Andas
agrupando sudores y graneros,
harineando cerca de las casas,
fruteciendo las yemas de los árboles,
endulzando las pulpas sonrosadas.

Sé que quieres la vida rumorosa.
Sé que destrozarías la cizaña
que se anuda a los tallos de las mieses
como una liga espesa o despiadada.

Miente aquel que nos dice que tu ímpetu
no es devoción, ni beso, ni plegaria.

Sabes muy bien que son los labradores
quienes te hicieron rey de su esperanza,
buscándote un santuario en el camino
con cánticos piadosos y campanas.

Porque dictas consignas jubilosas
a la naturaleza más contraria,

yo te amo como un niño: con asombro.
Amo tu indiscutible militancia.

Como el hombre que lucha por los suyos,
hecho a sus sueños y a su rueda horaria,
iluminas la tierra que posees
dando a la realidad bridas aladas.

Sí, donador del oro de los campos,
tú pones la verdad llena de gracia.

Todo queda y todo pasa

SE dice lo que se siente.
Se siente lo que se entraña.
Se entraña lo que se mira.
Se mira lo que se alcanza.

Escrito sigue en el viento:
todo queda y todo pasa.

En el río de mi vida
otro río se derrama.

Lo nombro como se nombran
las cosas que nos enlazan.

Lo pongo sobre mi frente
al amor de la palabra.

El penetra en mis sentidos.
Yo, en su destello de lámpara.

El me cede su rumor.
Yo le cedo mi alabanza.

Por la vida que concluye
y el río que en mar se para,
"nuestras vidas son los ríos",
dijo una voz de nostalgia.

Pero no muere la vida
ni el río se desenvasa.

Vida y río siguen siendo
dos eternas resonancias.

¡Oh, río! Tú que despiertas
debajo de la montaña,
poniendo en el horizonte
una línea de esperanza,
¿es cierto que vida y fluido
se alejan, pero no acaban?

Lo que boga y lo que vaga

SI, río. No todo es par.
Existe la discordancia.

Ni mi vida es tu caudal,
ni tu corriente es mi alma.

Nunca sabremos en dónde
nuestro anhelo se remansa.

Hemos venido a medir
cercanía y lontananza:
tú, corriendo hacia la mar;
yo, hacia metas ignoradas.

Los dos vamos sin saber
qué fuerza nos arrebata.

¿Será el suelo? ¿Será el aire?
¿Será la nube o la llama?

Las diez orillas de cerca
son veinte orillas lejanas.

Los treinta espejos surgidos
dan cuarenta panoramas.

¿Qué principio o qué final?
¿De qué ocaso o qué alborada?

Todo sigue. Todo queda.
Siempre sobra. Siempre falta.

¡Oh, río! Llévame incurso
en tu vena desvelada.

Sea tu corriente sitio
de mi descanso y mi marcha.

Vida, muerte, llanto o risa,
todo nace, todo acaba.

Mi vida y tu caudal son
lo que boga y lo que vaga.

MONASTERIO DE PIEDRA. — Antigua hospedería.

CALATAYUD. — Torre de la iglesia de Santa María.

El río y el otoño

NOS dolemos: "No hay paz.
Nunca hay descanso
para los pies con prisa,
para las tercas manos,
para las frentes arduas.
Vivimos emplazados".

Tú, río, continúas
sin prisa y sin descanso.

Nos dolemos: "Las horas
suenan a tiempo vano.
Las tardes del otoño
recuerdan el fracaso.
No hay un césped tupido
por donde encaminarnos
sin marchitar la carne,
sin conocer el daño
de nuestro propio impulso,
sin sentir el estrago
de la cadena inútil
que arrastran nuestros años".

Tú, río, continúas
sin prisa y sin descanso.

Nos dolemos: "Nos pesan
las piernas y los brazos.
Nuestras fuerzas decaen
frente a muros intactos.
Irremediablemente
venimos desmayando.
No podemos ya más
con el sol cotidiano,
porque un bosque de piedra
nos tapa los espacios".

Tú, río, continúas
sin prisa y sin descanso.

¡Ay, río, hermano río!
Desde tus vidrios largos
mira este día antiguo
que anima al pecho humano.
Mira esta pobre carne
en que nos alojamos.

No hay suelo en que posemos
los pies sin lastimarnos.
No hay valle en que se ignoren
las ruinas y los llantos.
No hay espejo en que vernos
sin tedio, sin cansancio.

Tú, río, continúas
sin prisa y sin descanso

Como tú, no podemos
escapar de los flancos
de esta cuenca labrada
por tanto sobresalto,
por tanta herrumbre ciega,
por tanta sed manando.

Corremos a la mar
de nuestro desamparo
—ceniza o agua—, tristes,
perdidos, solitarios,
y el viento del otoño
saluda nuestro paso
con hojas volanderas,
papeles fragmentados.

Tú, río, continúas
sin prisa y sin descanso.

III

GRAVEDADES REMOTAS DE UNCASTILLO

El pueblo

LOS oscuros sucesos de otros días
se asoman actualmente entre tus casas.
Vives en esta edad, pero repasas
las páginas antiguas que escribías.

Que tienes o conservas. Y que fías
a nuestros ojos hoy, mientras nos pasas
a la era medieval, tiempo en que basas
tus reconquistadoras guerrerías.

Como otra pared más de tu castillo,
quedas bajo la carie de su almena,
hecho a la épica imagen del pasado.

Tu momento presente es muy sencillo.
Pero, ¿qué viento gladiador resuena
en cada ventanal de tu poblado?

Sepulcros en la piedra

HELOS ahí como si se tratara
de inventarles ahora un desvarío
para reconciliarlos con el frío
de una sombra que se difuminara.

¿Qué soledad de aquí se desterrara?
Ni una inscripción existe. En su vacío,
¿qué podemos hallar, qué escalofrío,
qué residuo, qué espectro que flotara?

Nada hallamos aquí. Ni las pavesas
de lo que fue una lumbre. Ni unos restos
de fósforo o de cal. Sólo estos vanos.

¡Y qué dura verdad son estas huesas,
estas yacijas vacuas, estos puestos
que hoy apenas ocupan los vilanos!

UNCASTILLO. — Murallas.

Fuente romana.

La iglesia de Santa María

SE resuelve la vida en los peldaños
de las aspiraciones perentorias
hasta engarzarse en símbolos, en glorias,
en piedras que perduran tras los años.

El espíritu manda, aunque los daños
sucedan a las fechas ilusorias,
a la vieja pasión, a las historias
de seres o de tiempos casi extraños.

El alma permanece levantada.
Fija su validez. Yergue los muros
de un ansia sostenida sin ruptura.

Más fuerte que el esfuerzo, recostada
sobre la eternidad, sigue los puros
ímpetus de la luz o de la altura.

El castillo

SOLO sabes de ti. De ti te llenas
en medio del silencio que te asola,
estando sin estar, como el que inmola
su vasta lucidez ante las penas.

Hecho a lluvias y vientos, sin almenas,
sin muros reteniendo tu aureola,
tu único mirador, tu torre sola
grita que aún permaneces, que aún resuenas.

Pero truncado estás. Tu pared yace
como un escombro. El tiempo se complace
en derrumbar la gloria que has tenido.

¿Cómo esta destrucción? ¿Cómo esta muerte?
¡Oh, atalaya de ayer!, ¿por qué perderte?
¿Por qué no rescatarte del olvido?

50

IV

CARIÑENA Y EL VINO

Tonadillas del vino

TIERRA dura, tierra roja,
tierra de fatiga? ¡Sí!
Pero en primavera es otra.
Entonces se echa a reír.

El viñedo del campo
de Cariñena
parece una esmeralda
por primavera.

¡Cómo se encienden
de soles y de lluvias
las cepas verdes!

Calor. Sed. El aire quema.
Suda el cuerpo del estío
como humano. Hasta la cepa
mana el sudor del racimo.

La uva blanca o cetrina
de Cariñena
asume en el verano
su quintaesencia.

Tiene el efluvio
del alba o de la tarde
del mes de julio.

Mira por dónde, el otoño
está alegre. ¿No lo ves?
Fíjate. Se ha vuelto loco
echando vino al tonel.

Escrita está la historia
con sangre y oro.
Cariñena lo sabe
por el otoño.

En la otoñada
su vendimia es un fasto
de oro y de grana.

Huye la luz. Duerme el campo.
El vino asoma. Por dentro,
la casa ríe. ¡Oh, qué vaso
de ternura es el invierno!

Cuando trae el invierno
melancolías,
Cariñena da el vino
de la alegría.

Vino que borra
con su líquida magia
las penas hondas.

Los zodíacos del vino

POR el aire abrileño
despertado,
el renuevo del vino
es como un canto.

En tanto el tiempo avanza hacia la próxima
esplendidez del zumo y de la cera,
un aroma dormido se desase,
inicia en el verdor su peripecia
y en un suelo febril o esperanzado
oye el susurro de la lluvia fresca.

Fibra por fibra, desde incierto fondo,
con la fragancia de la primavera
advierte el recorrido de los sueños
en la rugosa mano de la cepa
como un advenimiento de colores,
de luces tibias y de brisas nuevas.

Invadido de pronto
por los brotes,
el anuncio del vino
es como un polen.

Frescura de los días
calurosos,
el volumen del vino
es como un gozo.

Hecho apretadas gotas de rocío
en el cálido ambiente prisioneras,
represado en racimos de esmeralda,
entre el rescoldo del estío queda
a merced de los labios anhelantes,
de las gargantas de la sed intensa.

Disfrazado de agua, concebido
por una dilatada incandescencia,
sarta de crisolitos, cuajo lleno
de sabrosa humedad, pone su néctar
en boca de quien vive ardientemente
la inexorable ley de la existencia.

En la consumación
de la fatiga,
el hallazgo del vino
es una brisa.

A vueltas con la lluvia
o con el viento,
el manantial del vino
es un gorjeo.

Cuando sobre los montes agostados
el otoño cobrizo se aposenta,
tiene que clarear cuartos oscuros,
embrear toneles, desenceldar prensas
y dar a los lagares un revuelo
de espumas nacaradas o violetas.

CARIÑENA. — Iglesia parroquial.

ONCARES. — Puerta de Valencia y torre.

Al filo de las horas vesperales
baja a la ceguedad de las bodegas
lo mismo que un canal empurpurado,
idéntico a la tarde cuando deja
sus luces confundidas con el brillo
inseguro o precoz de las estrellas.

Imagen de coral
o de topacio,
el venero del vino
es como un pájaro.

Silencio retenido
en el paisaje,
el acopio del vino
es como un baile.

Calor de las veladas amistosas,
fuente de las sonrisas placenteras,
es cierto que ante el paso de la nieve
es un cantar ligero, una bandera,
una explosión jovial, un llamamiento
de familiaridad sobre las mesas.

Su impulso de mojada amanecida
abandona el silencio de las cuevas,
sube desde los labios a la frente,
baja desde la frente a las arterias
e imponiendo su aliento jubiloso
desparrama su música secreta.

Testimonio del hombre
y de sus ansias,
el arcano del vino
es como un alma.

Pueblos del vino

QUIEN dirá que no sabe del líquido esplendor
que vierten Cariñena, Paniza, Almonacid,
Encinacorba, Tosos, Longares, Aguarón,
Villanueva, Alfamén, Cosuenda o Alpartir?

¿Quién no ha visto sus pueblos, sus encendidas tierras,
sus cárdenos viñedos? Llegad a esta comarca.
Conversad con sus gentes. Sabed de sus tareas.
Con todos se suceden dulzuras cotidianas.

Son una voz, un canto que suena cada día
a pámpano, a racimo, a vinática gesta.
En ellos hay hervores de pulpas exprimidas,
aromas dilatados de reptadoras cepas.

Traen luces sobradas, ansias que se debaten
con los amaneceres y los ocasos rojos,
impulsos que difunden anhelos seculares,
hasta soltar jilgueros, abejas, chispas de oro.

Se saben necesarios, se entregan a un esfuerzo
de binas y de podas, absorben ilusiones,
madrugan con la alondra que canta en el barbecho
y van de viña en viña con una fuerza joven.

Escriben su jornada con tardes y con brisas,
con calendarios hechos de agobio y sacrificio,
en tanto desestiman el ocio o la desidia,
en tanto que se afanan por un vivir tranquilo.

El renacer del vino lo ven primaverando
como un abril cargado de sólidas fragancias.
Los túneles del vino los llaman en verano,
mientras los suelos arden como si fueran ascuas.

Los pájaros del vino los vuelven al otoño,
donde se cumple el rito de la feliz sorpresa.
Las vasijas del vino les ceden su tesoro
cuando el invierno enciende las lumbres hogareñas.

Manando a gotas blancas, a gotas amarillas,
a gotas saturadas de sangre o de rocío,
como un cristal delgado, como una lluvia fina,
como un arroyo dulce se ve correr el vino.

Solamente es un soplo más húmedo que el llanto,
un movimiento de hojas, un hálito, un revuelo
que se pierde cantando por senderos lejanos,
por cúmulos de nubes, por vesperales cielos.

Estoy mirando, oyendo este río morado
que junta cielo y tierra, que viene despedido
desde el propio misterio, desde ese mundo ancho
que derrama en las horas su resplandor, su himno.

Aunque cierre los ojos o esconda la cabeza
sentiré cómo el vino simula un plenilunio,
cómo su catarata de rosas entreabiertas
es el latido alegre del corazón robusto.

Es por él por quien surgen las fuerzas de estos hombres,
de estas gentes dotadas de gestos resolutos,
que van ganando a días los altos sobrenombres
de los que fundan sueños presentes y futuros.

¡Qué agradable es beber ese vaso de amor
que ofrecen Cariñena, Paniza, Almonacid,
Encinacorba, Tosos, Longares, Aguarón,
Villanueva, Alfamén, Cosuenda y Alpartir!

V

MONCAYO ARRIBA

Hacia lo alto

VOY hacia ti, Moncayo, en cuya altura
los bosques centenarios son idioma
de lírica expresión, palabra pura
de tosco pedernal, de blanda loma;

hacia ti, muro denso, escarpadura
con límites de luna o de paloma,
que, haciéndote dosel de la espesura,
extiendes el reinado del aroma;

hacia ti, risco vasto, continente
en medio del azul supramarino,
territorio de anhelos siderales;

voy hacia ti, Moncayo, abiertamente
para encontrar tu fuego diamantino,
para entender tus voces vegetales.

* * *

A tus sitios o nombres argentados
llegan los montaraces ardimientos
con sutiles aromas impregnados
de líquenes, de musgos, de fermentos.

Todo un perfume propagado llega
desde las galerías de tu suelo,
hecho transpiración, sudor que riega
tu clámide de verde terciopelo.

Tu cumbre y tu extensión encaramadas
desempolvan un nido de semillas,
un hato de maderas perfumadas,
un manojo de flores amarillas.

De tus radiantes noches manadoras
o tus frescas cisternas matutinas
surge un temblor de plantas trepadoras,
un llanto de raíces y resinas.

¡Qué ebullición de selva enaltecida
por quiméricas savias vegetales
se fuga de tu masa, recorrida
por oscuros aceites minerales!

¡En qué extenso verdor estás sumido!
¡Cómo alcanzas rocíos permanentes
en el claro recodo humedecido
por albas y corrientes!

Con el albor de todas tus mañanas
dejas que el resplandor de los heleros
dilate la sazón de las manzanas,
la flor de los romeros.

El agua que trepida en tu angostura
resbala entre las hierbas dulcemente,
propagando la gracia y la dulzura
de tu límpido ambiente.

TARAZONA. — Claustro de la catedral.

TRASMOZ. — Castillo.

En tu bosque fragoso has recogido
las lágrimas vitales del invierno,
y con ellas el tiempo te ha cedido
lo más sencillo y tierno.

Dado a tu aparatosa orografía,
sabes que en primavera y en verano
la cándida verdad de la alegría
se queda en tu altiplano.

La ronda del día

1

EL alba vierte, lenta, su tesoro.
Sobre las bajas nieblas matinales,
el mudo gris se vuelve azul sonoro.
Brillan, casi cristal, los pedregales.

Tornan a reanimarse, estremecidos,
el ave, el manantial, los espesores.
Clarean los espacios escondidos.
La oscuridad se muere entre rubores.

Resurgen los perfiles. Vuelve, euforia,
la rueda del color a su andadura,
alejando de sí su negro embozo.

Y la luz es campana. Toca a gloria
sobre el final de la montaña dura,
que recibe, asombrada, el alborozo.

II

Bulliciosos, volando entre los pinos,
los pinzones deshilan su sonata.
El matorral se asoma a los caminos,
hecho de gris, de verde y de escarlata.

Alrededor, el monte vibra, suena,
acuciado de sones inauditos.
Quieto esplendor, la soledad se llena
de apretados rumores infinitos.

El hontanar, entre las peñas mates,
borbota sin cesar, cediendo, ido,
reverberos de incierta pedrería.

Azules, amarillos y granates
confunden brillantez y colorido
ante el blanco total del mediodía.

III

Melancólicamente muere el día.
En la pendiente que prolonga el prado
se pierde monorrima, casi pía,
la vacilante esquila del ganado.

La ladera, quietud, casi se ensalma.
Dice el boscaje, leve, un débil viento.
Van llegando los ecos de la calma.
La frescura, sumisa, da su aliento.

Todo está en paz. Un ave cruza, tierna,
la tarde apenas rubia, apenas cana,
mientras bajan las nubes con mesura.

Lentamente se agota la linterna
del sol crepuscular, y viene, arcana,
la noche con sus arcos de clausura.

Hombre de monte bajo

HOMBRE de la ladera, pecho dado
al borbotón del agua, al estallido
del cielo tormentoso, a lo encrespado
del abrupto sendero embosquecido!

El trabajo te cede la alegría
en forma material de campo ameno.
A lo ancho del esfuerzo hallas el día
como una mano más sobre el terreno.

¡Hombre de San Martín, tronco derecho,
escala mineral, semilla oscura!
¿Qué atalaya nubosa, qué agrio techo
se hace tibio remanso en tu figura?

Alto dirás que estás sobre la tierra,
despertado en la esquila y en la aurora,
consiguiendo tu pan, dando la guerra
de tu ciega ilusión trabajadora.

¡Labrador de Litago, fiel empresa,
arado sometido a la vertiente!
¿Qué fosfórica mina, qué frambuesa
se hace miel o cristal bajo tu mente?

Aspero o suave, como cualquier fruto,
cavando la corteza de tu suelo,

has cedido a tu hogar el estatuto
que propaga el amor, alza el desvelo.

¡Hombre de Añón, piloto matutino,
vehemencia por la brisa suavizada!
¿Qué elemental historia, qué destino
se hace tiempo de espera en tu mirada?

Madera, lasca, manantial o hierba,
rudo y sereno, como empuñadura
de hueso o de metal, a la hora acerba
le pones el bridón de la cordura.

¡Hombre de montaraces perspectivas,
ascenso vertical, línea de ardores!
¿Qué nuevas llamaradas, qué ondas vivas
se hacen reja y canción en tus labores?

Moncayeando abajo, en medio, encima
—hoja, raíz, corola, arroyo, piedra—,
¡tú, sí, somontanés, sí que eres cima,
elevación cordial que medra y medra!

Yo te quiero, Moncayo

OH, sí, Moncayo! Toda la ternura,
todas las humedades de febrero
en tu rudo espinazo dan la anchura
de una odisea azul, de un brío ibero.

El muro renegrido de la piedra
y la uña acechadora de la espina
hacen de tu zarzal y de tu hiedra
una canción valiente y masculina.

Vértice helado, manadero que huye,
monte de escamas, fluido de energía,
tu accidentado pecho se construye
con estratos de bronca geología.

El hosco invierno besa tu armadura
cubriéndote de aceros desabridos;
la primavera audaz de la verdura
entrega a tus declives sus vestidos;
el grave otoño deja en tus laderas
el talismán del fruto delicioso;
el estío de flores pasajeras
te concede la sombra del reposo.

¡Oh, roca viva, mole con aliento
de pétalos y ramas enterrados!
Hora tras hora te concede el viento
murmullos apretados.

¡Cómo el grumo tupido de la nieve,
licuándose en el pico berroqueño,
trueca lo pedregoso del relieve
en parador risueño!

¡Cómo la soledad tiene sentido
cuando en la fría tarde sosegada
suena tu dimensión con un sonido
de orquesta arrebatada!

¡Cómo la paz escribe su hermosura
en la página media de tu puerto,
mientras se ve la humilde agricultura
del alejado huerto!

¡Cómo en tus largas líneas descendentes
se recuestan poblados con campanas,
vidas que se te dan, felices gentes
de voces campechanas!

* * *

Yo quedo en la extensión de tu montaña,
en la plateada noche de tu hielo,
donde cada peñasco acoge el vuelo
del ave más altiva o más huraña.

Yo quedo en tu fragor, en tu maraña
invadida de sombra y de recelo,
con el ancho rumor, el vivo anhelo
que se escapa del fondo de tu entraña.

Yo te quiero, Moncayo, como quiero
a todo lo pasado por mi vida:
el pan, la casa, el sol, lo cotidiano.

Amo el sistema de tu cuarzo entero,
la verde elevación de tu medida,
tu cima epilogal, tu somontano.

MONASTERIO DE VERUELA. — Sala capitular.

MONASTERIO DE VERUELA. — Gárgolas.

INDICE

PAGINA

ELOQUIO PRELIMINAR 9

I. LA TIERRA PROPIA

ANTE ARAGÓN 17
SÉ QUE EN ESTE LUGAR 18
RONDA DE PASIÓN O VIDA 20
EL AGUA, JUNTO A LA SED 22
UNA ILUSIÓN SEÑALA LA ANDADURA 24
EL TIEMPO DEL TAMBOR 26
YO VOY CON SUS BANDERAS 28

II. A ORILLAS DEL RIO EBRO

AMISTAD CON EL RÍO 31
PADRE DE LAS ESPIGAS 33
COMO EL HOMBRE QUE LUCHA 35
TODO QUEDA Y TODO PASA 37
LO QUE BOGA Y LO QUE VAGA 39
EL RÍO Y EL OTOÑO 41

III. GRAVEDADES REMOTAS DE UNCASTILLO

EL PUEBLO 47
SEPULCROS EN LA PIEDRA 48
LA IGLESIA DE SANTA MARÍA 49
EL CASTILLO 50

PAGINA

IV. CARIÑENA Y EL VINO

Tonadillas del vino 53

Los zodíacos del vino 55

Pueblos del vino 58

V. MONCAYO ARRIBA

Hacia lo alto 63

La ronda del día 66

Hombre de monte bajo 69

Yo te quiero, Moncayo 71

Se acabó la impresión de
EGLOGA NUEVA DE
LA TIERRA PROPIA el
14 de setiembre de 1970,
festividad de la Exalta-
ción de la Santa Cruz.

LAUS DEO

como de las más sobresalientes figuras nacionales de la poesía del momento, coincidiendo todos en señalar, aparte de su inteligente capacidad creadora, la singularidad y hondura de su voz.

Aunque buena parte de su labor yace dispersa en diferentes publicaciones, lo más acendrado de la misma permanece inédito y recogido en libros, que hasta hoy, además del citado anteriormente, se resumen en una docena de títulos.

La temática de casi todos ellos está basada en una concepción sincera y profunda de la vida humana, trascendida por la estimación de que la poesía no es una admonición dogmática, sino un sentimiento incurso en la pluralidad de la existencia.

Oriundo de Coscojuela de Fantova (Huesca), reside, desde los diecisiete años, en Zaragoza, donde se ha formado intelectual y poéticamente.

Con *Egloga nueva de la tierra propia* acaba de obtener el premio de poesía "San Jorge" 1970, convocado para premiar el mejor libro de autor aragonés o residente en Aragón. El Jurado que se lo concedió estuvo integrado por: Don Fernando Solano Costa, don Félix Monge Casao, don Tomás Buesa Oliver, don José-María Nasarre Cascante, don Jesús-Manuel Alda Tesán y don Antonio Serrano Montalvo.

COLECCION
«SAN JORGE»

2

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA

C. S. I. C.